

Una Pregunta Penetrante en el Juicio

Un sermón de pasión sobre Juan 18:35b por el Pr. H. D. den Hollander con los textos citados de la RV SBT

Lectura Bíblica: Juan 18:12-40

Salterios: 389:1,6

419:3,4

140:1,2,4

223:1,3

362:1,2,3

Texto: *¿qué has hecho?* (Juan 18:35)

Amada congregación,

El Señor Jesús habló de un hombre que construyó su casa sobre la arena y esa casa se derrumbó con la tormenta. Su casa estaba construida sobre unos cimientos que se desmoronaban con facilidad. Esto pone de manifiesto la insensatez del hombre natural respecto a la necesidad de su alma inmortal.

La verdadera fe necesita unos cimientos sólidos sobre los que apoyarse. La verdadera fe buscará esos cimientos. Cuando la fe intenta apoyarse en algo que es arena, el Señor se asegurará de quitársela a esa persona. Entonces se encontrará sin ningún fundamento. Entonces, una vez más, esa persona comienza a cavar y a buscar para poder apoyarse y fundarse en algo que sea seguro y eternamente firme.

Las palabras de nuestro texto se encuentran en Juan 18:35, en la segunda parte. Solo estas palabras. *¿Qué has hecho?*

Una Pregunta Penetrante en el Juicio.

1. Quién hace la pregunta.
2. A quién le hace la pregunta.
3. Con qué propósito se hace la pregunta.

¿Qué has hecho? Los niños pueden decirme quién hace la pregunta. Fue Poncio Pilato. Pilato era el gobernador de Judea. En aquellos días, el gobernador era también el juez. Inmediatamente vemos la pobreza de la condición del pueblo judío. No son libres. No se gobiernan a sí mismos. David y los hijos de David no están sentados en el trono. Más bien hay un pagano, un gentil que gobierna sobre ellos.

Cristo vino a este mundo cuando los judíos estaban oprimidos. El enemigo reinaba. Incluso dentro de la iglesia estaban oprimidos. Es muy triste cuando la iglesia está sometida a los paganos. Qué bendición era cuando David, Ezequías y Josafat se sentaban en el trono. Era una bendición cuando un rey temeroso de Dios era el juez de ese pueblo. Ahora es un pagano. Qué triste. Alguien que tal vez esté pervirtiendo la ley está juzgando al pueblo de Dios. Pero esa tristeza es aún mayor cuando el juez pagano es, en cierto modo, más honesto que el propio pueblo judío. Es triste que el mundo sea más honesto que la Iglesia. Es triste que el mundo haga quedar mal a la Iglesia en cualquier aspecto. Eso es una deshonra para el nombre del Señor.

¿Qué has hecho? Esa pregunta se puede plantear en muchos contextos. Pero aquí la pregunta se plantea en la sala de juicio, por lo que es un contexto muy solemne. Niños, ¿alguna vez les han pedido que se acerquen a su padre o a su madre para que les hagan la pregunta: “¿Qué has hecho?”. Entonces se les ha llamado para que den cuenta de sus actos. Así, la pregunta muestra que somos criaturas responsables, que tenemos responsabilidades. Tenemos que dar respuesta por las cosas que hacemos. Leemos eso en muchos pasajes de la palabra de Dios. Primero leemos que el Señor se presenta en el paraíso ante Adán. Allí le dice: “¿Dónde estás tú? Da cuenta. ¿Has comido del árbol? ¿Qué has hecho?” Esto se repite a lo largo del tiempo y se aplica a todas Sus criaturas. El Señor se presentó ante Caín y le dijo: *¿Qué has hecho? La voz de la sangre de tu hermano clama a mí desde la tierra.* (Gn 4:10) “Da cuenta de tus hechos”. Josué también le dijo eso a Acán: *Hijo mío, da gloria ahora a Jehová, el Dios de Israel...y declárame ahora lo que has hecho; no me lo encubras.* (Jos 7:19)

No hay ningún hombre en todo el mundo que no sea llamado a responder a esta pregunta. Dios nos ha creado con obligaciones que cumplir. ¿Cuándo seremos llamados a dar cuenta? A veces en esta vida. Niños, ya hemos mencionado un ejemplo de dar cuenta a sus padres. También, puede que tengamos que dar cuenta a los maestros o a las autoridades. Es posible que tengamos que comparecer ante

las autoridades de este mundo. Pero no será diferente cuando comparezcamos ante el trono de Dios. Allí, el Señor nos hará la misma pregunta. *¿Qué has hecho?*

Lean lo que el Señor le preguntó a Job. Sientan algo de la majestad de Dios mientras interroga a Job. El Señor no cesa, las preguntas se suceden una tras otra: *¿Es sabiduría contender con el Omnipotente? El que disputa con Dios, responda a esto.* (Job 40:2) Job no responde. En otro lugar Job dice: *¿cómo se justificará el hombre con Dios? Si quisiera contender con él, no le podría responder a una cosa entre mil.* (Job 9:2-3)

Pero, congregación, el Señor le hace esta pregunta a Su pueblo antes del día del juicio. Eso es una gran bendición. ¿Le ha hecho el Señor alguna vez esta pregunta? *¿Qué has hecho?* Por naturaleza, no aceptamos esa pregunta, la alejamos de nosotros. Señalamos con el dedo a todos los demás. ¿Qué ha hecho él o ella, qué ha hecho mi vecino? Qué horribles son. Son malvados, no entienden, no hacen lo correcto. Eso es lo que hizo también Saulo de Tarso. Era un hombre muy religioso. A sus propios ojos, vivía con toda buena conciencia. Sin embargo, perseguía a Cristo. Entonces llegó el día en que la ley vino a Pablo. Claro que él ya conocía la ley. Pero ahora le vino personalmente a su corazón. Entonces la ley le dijo a Saulo: *¿Qué has hecho?* Entonces Saulo se postra en el suelo. Dice que el mandamiento vino a él. (Romanos 7:9) ¿Alguna vez el mandamiento nos vino a nosotros? Es una pregunta sencilla, pero muy importante.

¿Qué has hecho? No tardemos en responder a la pregunta ante el Señor. Cómo sería si el Señor viniera hoy. La muerte se entra por las ventanas como un ladrón en la noche. Niños, ustedes dicen que la muerte está muy lejos. Son jóvenes, pero si van al cementerio, entonces verían que no todos los que están allí enterrados son tan viejos. Jóvenes, consideren que no todos envejecemos.

Cuando tengamos que morir, escucharemos esta pregunta: *¿Qué has hecho?* ¿Por dónde empezaríamos? Si tuviéramos que responder hoy por nosotros mismos ante los Testigos del cielo y la tierra, no podríamos omitir nada, porque el Señor sabe todo lo que hemos hecho. ¿Por dónde empezaríamos? Esta pregunta abre muchas cosas en nuestra vida. Padres y madres, si volviéramos atrás y respondiéramos a la pregunta *¿qué han hecho?*, ¿volveríamos una semana, un mes o un año? ¿O tendríamos que volver más atrás? La justicia no se satisface con el paso del tiempo.

El Señor no olvida lo que se hizo en la juventud. El Señor no olvida las cosas que se hicieron en la juventud.

Leemos que en los tiempos de David hubo una hambruna durante tres años. David preguntó al Señor por la razón. El Señor dijo que era por los gabaonitas. Se había hecho un juramento a ese pueblo y Saúl había intentado destruir a ese pueblo. Eso había ocurrido muchos años atrás. Ahora hay un juicio porque el Señor no lo ha olvidado. Quizás nosotros somos iguales. Olvidamos los pecados de nuestra juventud y, por lo tanto, pensamos que Dios también los ha olvidado. Quizás pensemos lo mismo de los pecados de recién. Quizás pasen un par de años. Entonces pensamos que, como no ha ocurrido nada, el Señor se ha olvidado.

David dijo: *De los pecados de mi juventud y de mis rebeliones, no te acuerdes*; (Sal 25:7) ¿Oyen lo que el Señor está haciendo en la vida de Su pueblo? El Señor está mostrándoles a Su pueblo lo que es la justicia. Está mostrando que no hay una sola transgresión que sea pasada por alto. Cada pecado y desobediencia recibirá su justa recompensa. ¿Les ha mostrado el Señor esto alguna vez? Eso es muy necesario en nuestra vida.

¿Qué has hecho? John Bunyan trató de mostrar eso en *El Progreso del Peregrino*. Él muestra cómo es cuando el Señor está mostrando la justicia a Su pueblo. Vemos al peregrino caminando con un libro en la mano. Ese libro en su mano era la Biblia. Por ese libro, está convencido de que tiene que morir. Está convencido de que después de la muerte tiene que presentarse ante Dios para ser juzgado. Cristiano temblaba cuando pensaba en estas cosas. Lloraba por las cosas que había hecho. Las sentía como una carga sobre sus espaldas. Temía que esa carga lo hundiera en el infierno. Eso le hacía temblar. Ese es un temblor de verdadera fe. No siempre es la verdadera fe la que tiembla. A veces ese temblor es solo pasajero. Pero a la verdadera iglesia se le ha dado la verdadera fe para creer en la palabra de Dios con respecto al Juicio. En el último día, cuando los elegidos se presenten ante Dios, no será la primera vez. Para ellos, comienza aquí abajo, en la regeneración. Entonces comienzan a experimentar en sus almas *¿Qué has hecho?*

¿Quién le pregunta eso? Lo pregunta un juez en una sala de tribunal. Poncio Pilato hace esta pregunta. ¿A quién la hace? Ese es nuestro segundo punto.

¿Quién está allí de pie en el Pretorio? Es el Señor Jesús, el Hijo de Dios. Dios mismo está de pie ante el tribunal de justicia. ¿Quién puede comprender la

condescendencia de ese Ser Altísimo? El mismo Cristo es llamado a rendir cuentas ante un juez terrenal por lo que ha hecho aquí abajo. *¿Qué has hecho?* Debe dar una respuesta a esa pregunta. El juez terrenal es como el virrey de Dios.

Eso no es solo una pregunta; hay una acusación implícita en esa pregunta. Le había preguntado: *¿Eres tú el Rey de los judíos?* (Jn 18:33) ¿Qué significa eso? Jesús estaba siendo acusado de intentar ser rey cuando no lo era. Estaba siendo acusado de insurrección. Está siendo acusado de rebelión contra el gobierno. Eso es algo muy peligroso para un gobierno y debe ser cortado de raíz.

Pilato les dice: *Me habéis presentado a este hombre como uno que desvía al pueblo;* (Lc 23:14) ¿podemos imaginar a Cristo acusado de corromper y desviar al pueblo? Se le acusa de mentir al pueblo. Es algo terrible llevar al pueblo por el camino de rebelión. Los judíos son especialmente propensos a esto. Se sabe que los judíos buscan y esperan el cumplimiento de las profecías de su religión. Buscan y esperan que el hijo de David, su rey, se siente en el trono.

¿Eres tú el Rey de los judíos? Jesús le respondió: ¿Dices tú esto por ti mismo, o te lo han dicho otros de mí? (Jn 18:34) Responde a esta pregunta con otra pregunta. ¿Hace Jesús eso para evitar la pregunta? Niños, jóvenes, ¿evitan ustedes las preguntas de su padre y su madre? Entonces no les darán una respuesta directa. El Señor Jesús no hace eso. Da una respuesta muy clara con Su pregunta. Jesús dice que es muy evidente que Pilato nunca le habría hecho esa pregunta por sí mismo. Es como si Jesús dijera: “Mírame, Pilato, ¿qué aspecto tengo? ¿Tengo aspecto de rey? ¿Me temes, Pilato? ¿Tengo aspecto de alguien que está cometiendo insurrección y llevando al pueblo a la rebelión? ¿Tienes miedo de que me rebele contra César? *¿Dices tú esto por ti mismo?*”

La perversión de las palabras de Cristo por parte de los fariseos es muy obvia para Pilato. Él puede verlo muy claramente, incluso siendo un juez pagano. *Respondió Jesús: Mi reino no es de este mundo; si mi reino fuera de este mundo, mis servidores pelearían para que yo no fuera entregado a los judíos; ahora, pues, mi reino no es de aquí.* (Jn 18:36) Es muy sencilla. Pilato también lo sabía. *Le dijo entonces Pilato: ¿Así que tú eres rey? Respondió Jesús: Tú dices que yo soy rey. Yo para esto he nacido, y para esto he venido al mundo* (Jn 18:37). Entonces Pilato sale al pueblo judío y les dice: *Yo no hallo en él ningún crimen.* (Jn 18:38)

¿Qué había hecho Jesús? Nada. Ningún crimen. Ni una sola transgresión contra la ley. El pagano Pilato es más honesto que los malvados judíos que se llamaban a sí mismos hijos de Abraham. Sin embargo, es un juez malvado. Su esposa le había dicho que no tuviera *nada que ver con aquel justo*. (Mt 27:19) Pilato quiere liberarlo, pero no puede; es un cobarde. Tiene miedo de ser acusado él mismo. *Desde entonces procuraba Pilato soltarlo; mas los judíos daban voces, diciendo: Si sueltas a este, no eres amigo del César; cualquiera que se hace rey se opone al César*. (Jn 19:12) Así que, por razones políticas, Pilato no libera a Jesús.

¡Qué tribunal más corrupto y malvado! ¡Desde el principio de la creación hasta ahora, ningún tribunal ha estado tan lleno de maldad como este! Satanás está provocando esto, pero no se da cuenta de que en estos momentos le están hiriendo en la cabeza. El juicio nunca ha sido tan perverso. Al mismo tiempo, Dios está cumpliendo Su propio consejo de liberar a Su pueblo. *¡Oh profundidad de las riquezas de la sabiduría y del conocimiento de Dios! ¡Cuán incomprensibles son sus juicios e inescrutables sus caminos!* (Ro 11:33) El hombre no lo ve, Satanás no lo ve, pero Dios lo está cumpliendo por el bien de Su Iglesia. Hay un propósito cuando hace esta pregunta. Eso es el tercer punto, pero primero vamos a cantar de Salterio 223:1,3.

¿Qué has hecho? Es, sin duda, una pregunta penetrante. Será especialmente penetrante cuando no nos la hace un juez terrenal, sino Dios mismo. Dios nos hará esta pregunta a cada uno de nosotros. Y no solo *¿qué has hecho?*, sino también *¿qué no has hecho?* Piense solo en la parábola de los talentos. Entonces, el Señor nos pregunta: *¿qué hemos hecho con todo lo que el Señor nos ha dado? ¿Qué has hecho o qué has dejado de hacer?*

¿Qué han hecho con la imagen de Dios con la que fuimos creados? A menudo ponemos la excusa de que fue el pecado de Adán. Congregación, fuimos creados a imagen de Dios, con conocimiento, justicia y santidad. No es excusa para nosotros que seamos incapaces. También tenemos un corazón renuente. Esa es una renuencia activa. Nuestro corazón desea y busca la vida de pecado. Por eso, el Señor nos preguntará: *“¿Qué has hecho con mi imagen? ¿Qué has hecho con el alma que les di por encima de todas las criaturas del mundo? Te creí con deseos solo por mí. Ahora ya hay. ¿Qué has hecho con esto?”*

Tras negar a Cristo, Pedro sintió esta pregunta en su corazón. ¿Por qué salió Pedro y lloró amargamente? Por lo que había hecho. ¿Por qué dijo Pablo que era el primero de los pecadores? Por lo que había hecho. “Porque perseguí”, dice Pablo, “a la iglesia de Dios”. Los hermanos de José no pudieron presentarse ante José. ¿Por qué? Por lo que habían hecho. Congregación, ¿podemos presentarnos ante el Juez omnisciente con las cosas que hemos hecho? ¿Qué cosas regresan en este momento a nuestra conciencia, desde los días de nuestra infancia hasta el día de hoy? ¿Qué tendremos que decir cuando seamos llevados al juicio y tengamos que responder a la pregunta: “¿Qué has hecho en obras, palabras y pensamientos?”

Hay tantas cosas que los hombres en este mundo han hecho que desearían poder deshacer. Pero ya no pueden deshacerlas. Niños y jóvenes, recuerden lo que hacen; no pueden deshacerlo y más. Bienaventurados aquellos que no tienen en su conciencia esos terribles pecados a lo largo de toda su vida, cometidos muchas veces en los días de nuestra juventud. Cuando Adán miraba atrás, decía: “Ojalá pudiera deshacerlo por el bien de mis hijos y nietos y toda mi posteridad”. ¡Pero ya no se podía deshacer! ¡Las consecuencias fueron muy graves! David contó al pueblo de Israel y vio que el ángel estaba con la espada desenvainada sobre Jerusalén, listo para castigar. *Y David habló a Jehová cuando vio al ángel que hería al pueblo y dijo: He aquí, yo pequé, yo hice la maldad; pero estas ovejas, ¿qué han hecho?* (2 S 24:17) ¿No creen que David diría: “¡Ojalá pudiera deshacer lo que hice con Betsabé y el asesinato de su marido! Muchas veces los hijos de Dios desean poder deshacer lo que han hecho.

Pero eso no es solo cosa de los hijos de Dios. Es muy común en el mundo. Lo mismo le pasó a Judas cuando vio que Jesús era condenado. Quizás no esperaba que las cosas llegaran tan lejos. Quizás pensó que el Señor se liberaría y que Judas seguiría con su bolsa de plata. Pero Jesús fue condenado a la muerte. ¡Ojalá pudiera deshacerlo! Ya no era posible. Pero hay una gran diferencia entre los elegidos y los réprobos. Judas salió y se ahorcó porque no podía deshacerlo. Fue un acto de desesperación porque no tenía esperanza.

Congregación, no hay ningún hombre en el mundo que pueda deshacer las cosas que ha hecho. Todos los hombres son culpables ante los ojos de Dios. No hay diferencia. Sin embargo, hay una gran diferencia en la forma de arrepentirse. Hay una diferencia entre el remordimiento y *la tristeza que es según Dios* (2 Co 7:10). El

mundo se arrepiente de las cosas que ha hecho porque hay consecuencias. Entonces puede haber cierto arrepentimiento o remordimiento. A Esaú se le negó la bendición de su padre. Lloró y se arrepiente, pero nunca dice: “¿Qué he hecho al pecar contra el Señor y despreciar la primogenitura?” Saúl agarró el manto de Samuel y lo rasgó. *Te ruego que me honres delante de los ancianos de mi pueblo y delante de Israel;* (1 S 15:30) ¿Saben lo que nunca hizo? Nunca dijo: “¿Qué he hecho?”.

Es muy diferente con el hijo pródigo. Lo vemos sentado allí en el corral de los cerdos. La Biblia dice que él volvió en sí. Esa es una imagen de la gracia regeneradora de Dios. Cuando el Señor le hace volver en sí, entonces Dios comienza a plantearle esta pregunta: *¿Qué has hecho?* Entonces el hombre comienza a preguntarse: “¿Qué he hecho ahora al darle la espalda a mi Padre y a su casa?” Es lo mismo en el camino de la conversión. El pecador convencido comienza a preguntarse: “¿Qué he hecho al abandonar a Dios en el Paraíso? Le di la espalda para no volver a Él jamás. Solo he buscado los bienes y la gloria que se pueden encontrar en este mundo. ¿Qué he hecho?”

¿Qué leemos sobre el pródigo? Nunca podría deshacer lo que había hecho. ¡Ojalá pudiera! Pero es imposible. ¿Entonces salió y se ahorcó? No. Eso es una maravilla. No podía deshacer lo que había hecho. Pero dijo e hizo algo muy diferente de Judas. Su corazón anhela a su padre, si pudiera ser solo un sirviente en la casa de su padre. Dice: *Me levantaré e iré a mi padre, y le diré: Padre, he pecado contra el cielo y ante ti;* (Lucas 15:18) “Le contaré a mi padre lo que he hecho”.

Pablo dice: *la tristeza que es según Dios produce arrepentimiento para salvación, del que no hay que arrepentirse; pero la tristeza del mundo produce muerte.* (2 Co 7:10) Las personas que se arrepienten verdaderamente no pueden cambiarlo. Está hecho. Hay culpa. Sin embargo, dicen: “Me levantaré e iré”. ¿Por qué dicen esto? Hay un fundamento. No es como el hombre que construye en la arena sin fundamento. Estas personas convencidas yacen en su culpa con todos los pecados que han cometido y no pueden cambiar. Aun así, dicen: “Me levantaré e iré”. Es porque el Señor revela que hay un fundamento en esa pregunta penetrante que le hizo a Cristo en este juicio. *¿Qué has hecho?* Hay una razón por la que Cristo estaba allí. Hay un propósito por el que se humilló tanto como para presentarse ante el tribunal de justicia de este mundo. La misericordia del Padre tiene Su fundamento

en la satisfacción de la justicia. No puede ser de otra manera. No se pueden cambiar los requisitos de la justicia. Es necesario que haya un fundamento y una satisfacción.

¿Qué has hecho? El Señor plantea esa pregunta. Se remonta a los pecados de hace mucho tiempo, incluso de cuando era pequeño. El mismo Espíritu de Dios está obrando un dolor divino por el pecado en la vida de Su pueblo. Al mismo tiempo les está mostrando algo, la parte más pequeña de este fundamento a este pueblo. Son un pueblo que no puede cambiar ni deshacer lo que ha hecho. Ese fundamento de la justicia de Cristo es lo que les da esperanza. Eso es lo que los salva de la desesperación. Eso es lo que evita el suicidio.

¡Qué gran obstáculo fueron para aquel hijo pródigo las cosas que había hecho! ¡Cuán indigno era! ¿Saben lo que el Señor muestra a esa gente? *Cuando el pecado abundó, sobreabundó la gracia* (Ro 5:20). Eso es lo que les hace decir: “Me levantaré e iré, y le diré lo que he hecho”.

Ese es el propósito por el que se plantea esta pregunta. Un juez terrenal le preguntó al Cristo inocente: “*¿Qué has hecho?*”. Allí Cristo es declarado inocente y, sin embargo, condenado. Todo eso para que un pueblo culpable pueda ser absuelto en el tribunal de Dios. Ese es el propósito de esa pregunta.

¿Hay personas culpables y condenadas entre nosotros? ¿No se acercarán a Él? ¿Les impedirá hacerlo su indignidad? Que vengan y confiesen, en su cámara secreta. Díganle lo que han hecho y lo que no pueden deshacer y lo que desearían poder deshacer. Que vengan como el publicano, golpeándose el pecho, *diciendo: Dios, sé propicio a mí, pecador.* (Lc 18:13) Serán justificados más que el fariseo que dice: “¿En qué he pecado? ¿Qué he hecho?”

Congregación, no hay perdón sin verdadero arrepentimiento. ¿Qué será de aquellos que lleguen al juicio sin arrepentirse? Pero *si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonarnos los pecados y limpiarnos de toda maldad.* (1 Jn 1:9) Él es fiel y justo para absolver a todos los culpables por amor a Jesús.

Amén.